

DM El General Menocal *1899/101*

La hoja de servicios del General Mario G. Menocal en la milicia mambisa, ha sido, es la palabra, brillante hasta no más. Fué, con Pedro Betancourt, el único Mayor General que produjera, durante el curso de la última guerra, la nueva generación, la del 95. En esta guerra, a la verdad, se hilaba más delgado; no como sucedió en las improvisaciones de la Guerra Grande, la del 68, en donde muchos paisanos, sin conocimientos militares, por sus merecimientos patrióticos o por premiar otras causas, ingresaron de improviso en el naciente ejército como Generales. Menocal ganó sus grados a pulso, después de pasar por entre las apretadas mallas del Visto Bueno del hosco Generalísimo, ante quien se habían de presentar todas las propuestas para lograr su aprobación.

Optó, después de ocupar el alto cargo de Secretario de la Guerra (en realidad lo era, pues Roloff andaba ausente) por seguir las peripecias del soldado mambí, cuyo lecho eran las duras peñas y su descanso el pelear, como reza el viejo Romancero.

Fué el ídolo del Lugarteniente General Calixto García, «su brazo derecho», como dijera el mismo Calixto, en carta que he publicado, a Máximo Gómez. Su Jefe de Estado Mayor y su colaborador en todas aquellas brillantes operaciones, de sello regular, llevadas a cabo con columnas de las tres armas: la toma de Guáimaro, la de Victoria de las Tunas, la de Guisa...

Menocal, tan frío, tan flemático, tan mesurado, a pesar de su cargo de Jefe de Estado Mayor, que en cierto modo lo exceptuaba de esos empeños, se ponía al frente de la tropa cubana de asalto y, junto con sus hombres, irrumpía por las alambradas de los fuertes españoles, a pie o a caballo. En Victoria de las Tunas, cuando fuera herido de un

balazo, iba a caballo mandando su tropa, y él mismo me lo ha referido. En Guáimaro electrizó a sus hombres con su gesto, pues, como observaba en sus «Memorias» el Mariscal napoleónico Marmont, nada entusiasma tanto a las tropas que ver a un Jefe, del tipo de los tranquilos, serenos, sin estridencias, ponerse a la cabeza de las mismas.

Procedente del Estado Mayor de Calixto García, nadie me ha elogiado tanto ni mejor a Máximo Gómez como Menocal. Su valor, como Jefe, estaba en ese feliz equilibrio de la prudencia y la audacia a la vez, cualidades que, según Federico el Grande, debe reunir un General.

Como todo hombre de acción, era parco en palabras, y su atracción que la ejercía hasta sobre sus propios contrarios políticos, la explican sus maneras urbanas, su exquisita educación, sus modales, su don de gentes, que lo hacían proclamar, por todo el mundo, un «gentleman».

¡Descanse en paz el caballeroso General!

B. SOUZA

DM, Sep 9/11